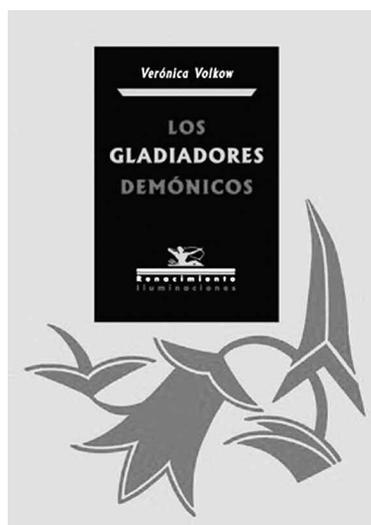


El poeta y el demonio

Josu Landa

La modernidad ha sido la era de la demonización del ser humano. Aquel escándalo cósmico consistente en pretender ser como Dios, que en tiempos aurorales llevó a Satán a la caída y la perdición, devino renovado ideal y posibilidad de realización humana, desde el momento en que el caído vino a ser precisamente el Dios omnipotente, creador del cielo y de la tierra. La imagen de un poder de procedencia divina que se había rebelado contra la Potencia absoluta se convirtió, al margen de la diversidad de sus avatares, en modelo intelectual y moral de los más audaces agentes de la civilización occidental moderna: el héroe romántico, el fáustico valido del Diablo, el conspirador revolucionario, el poeta maldito, el ácrata y afines.

La “muerte de Dios”, entrevista a su modo por Hegel y Nietzsche, derivó en una marcada tendencia a la absolutización del ser humano, en sus formas de divinización y de demonización de éste. El burgués dotado de los poderes del dinero, el mando político, el ejército, la policía y la venia de las Iglesias institucionales no tarda en verse a sí mismo como un dios, como supremo gerente del Progreso: supuesta hipóstasis del máximo bien en la tierra. Algo parecido cabe decir del ingeniero y de todos los que se asumen como dominadores de la naturaleza, a partir de las cifras que de ellas ofrecen los saberes postalquímicos y, en general, sustentados en el modelo de ciencia surgido de la confluencia de Descartes con Bacon. Por su parte, el hombre solo, libre, desamparado y frustrado, que no da con la fórmula de la buena vida, mientras se mueve a trancas y barrancas en los parajes del Bien y opta por ensayar las tentaciones del Mal o el que hartado de tanta luz y satisfacción requiere forjar “flores del mal”, dan-



do al traste con los lenguajes establecidos, o el decepcionado de la Ilustración y la revolución burguesa, cuyo corazón arde en la pira de la Revuelta sin Fin y de la abolición de todo poder se identifican con la figura del Príncipe de la Soberbia (y también de las Tinieblas).

Este libro de Verónica Volkow da buena cuenta de esta segunda vertiente de divinización-satanización moderna de lo humano, en los dominios específicos de la escritura. De manera clara y conforme con abundantes referencias eruditas, la también autora de poemarios como *Oro del viento* y de prosas críticas como *La mordedura de la risa* (un estudio sobre la obra de Francisco Toledo) explora el fondo demoníaco de la pulsión creadora del escritor moderno, del artista de la palabra que empieza a perfilarse a partir de la figura de Goethe y se define con nitidez en las de poetas como Edgar Allan Poe, Baudelaire, Mallarmé, Rimbaud... hasta llegar, en nuestro medio, a la de Jorge Cuesta, máxima expresión del demonismo artístico mexicano, según Volkow, en la medida en que combina la más

“soberbia” y radical voluntad de innovación literaria con un apego no menos incondicional a los valores estéticos clásicos (Cfr. v.g., p. 70).

La tesis de fondo de *Los gladiadores demónicos* estriba en que la literatura más radicalmente moderna —y el arte, en general, desde finales del siglo XVIII— brota de una atrevida y gozosa connivencia del poeta con el Mal y de la consiguiente alianza, implícita o expresa, con su agente mítico fundamental, el Diablo. Verónica Volkow echa mano de las intuiciones y elaboraciones de autores como Dante, Milton, Bataille, Mario Praz, Harold Bloom, Sartre, Octavio Paz, Guillermo Sheridan y algunos otros, versados en tan inflamable materia. Pero, junto a esas referencias inevitables, destaca el examen que la autora hace de la singular actitud artística de dos grandes “gladiadores demónicos”: Charles Baudelaire y Jorge Cuesta.

La figura de Baudelaire lleva mucho más de un siglo sometida a escrutinio, desde las más variadas perspectivas. Es difícil agregar algo inaudito a lo que ya se ha dicho a ese respecto. Sin embargo, Verónica Volkow hace estimables contribuciones a la comprensión del poeta del *spleen*, en la medida en que centra su atención en la intencionada actitud demoníaca de éste. En opinión de Volkow, Baudelaire se identifica con el deseo o al objeto del deseo” (p. 43) —en total oposición a los ideales éticos, desde la Antigüedad hasta Kant— y una vez colocado en ese territorio del Maligno, el poeta “reúne a Fausto con Mefistófeles en una sola identidad, funde la maldad diabólica del criado a la nobleza de la búsqueda poética del teólogo” (p. 41). Esa operación, con la que el gran escritor francés trasciende la base simbólico-alegórica

de los mitemas inventados en su momento por Goethe, expresa el rigor intelectual de una “ingeniería diabólica” y deriva en una resignificación *ad hoc* de la naturaleza del Diablo. De acuerdo con la autora, Baudelaire trasunta al estigmatizado y temido Ángel del Abismo en un “benefactor en las peores desgracias”. El Diablo baudelaireano se caracterizará por virtudes como la igualdad, la compasión y la fraternidad, excelencias a la postre ajenas a “un Dios aéreo y desprendido” (Cfr. p. 44). Todo esto carecería de interés, más allá de la mera erudición, si no fuera en ello la suerte misma de la literatura más radicalmente moderna, cuya vigencia se mantiene —al menos, en parte— en los días que corren. Esa textualidad es raigalmente demoniaca: procede de una soberbia autorreferencial —ajena a toda trascendencia sobrehumana—, acusadora, contestataria y osadamente creadora.

Jorge Cuesta, el poeta, el crítico, el científico, participa también del impulso demoniaco moderno, pero sin abdicar por ello de su singularidad. Influida sin ambages por Bloom, en este punto, Volkow adjudica al escritor mexicano una literal filiación respecto de Baudelaire. A su criterio, hay entre el poeta francés y su homólogo cordobés una relación de padre a hijo, pero sin que ello suponga una subordinación de éste respecto de aquél. Para empezar, como señala la autora, el forjador de *Canto a un dios mineral* ejerce la “ingeniería diabólica” de estirpe baudelaireana conforme con el extremismo de que todos los seres y los sentimientos son pasibles de las manipulaciones intelectuales del demonio autopoético y omnipoético moderno (Cfr. p. 108).

Cuesta aparece a los ojos de Verónica Volkow como un creador intempestivo —esto es, enfrentado a su tiempo a la par que entregado al vértigo de sus máximas potencialidades— por vía de una radicalización intencional de la inusitada apertura creativa del mundo moderno. En eso, el adalid de los Contemporáneos se presenta como un sujeto decididamente diabólico: un aprendiz del Diablo (p. 54) y un seguidor de sus pasos, no sólo en el orden del arte y la escritura, sino en todos los que conciernen al ámbito de lo humano.

Desde el punto de mira de Volkow, la soberbia demoniaca de Jorge Cuesta se des-

pliega en tres vertientes o conforme con tres “rostros”, como prefiere decir la autora. Se trata de tres instancias de ruptura con lo dado. En primer término, está la muy moderna subordinación de la naturaleza al arte. También para Cuesta, el verdadero artista crea, por encima y en contra del orden natural, un mundo cuya superioridad estriba en la libertad intelectual y moral sin límites. En segundo lugar, lo demónico al modo de Cuesta “implicaría que dentro del alma del creador se oponen inconciliablemente posturas antagónicas internas” (p. 107). En su tercera dimensión, lo demónico operaría en Cuesta, al modo de “un interlocutor oculto [que] tuerce y oprime a la voz del poeta, forcejea con ella furtivamente obligándola a defenderse” (p. 125).

La lectura que hace Verónica Volkow de la figura de Cuesta puede resultar altamente controvertible en razón de su fecundidad. La atención puesta por la autora en el elemento demoniaco del escritor mexicano permite considerar algunas implicaciones, más allá de lo dicho en el libro que aquí se comenta.

Primero: así como Baudelaire ejecuta una síntesis entre Fausto y Mefistófeles, según se ha visto, Jorge Cuesta condensa en uno el moderno Príncipe de la Creatividad, insolentemente enfrentado a toda trascendencia (Dios, la Naturaleza, etcétera) con el daímon socrático, aquel semidiós que eslabonaba el ámbito de lo Absoluto con la humanidad del filósofo y, por ello mismo, actuaba como un espíritu de la contención, de la sabia evitación de toda *hybris*. Desde luego, el interlocutor interior de Cuesta también se inscribe en la órbita de la soberbia demoniaca moderna; esto significa que tiene un signo opuesto al del daímon griego, pero tiene en común con éste su condición de alteridad incrustada en el alma de la persona, su carácter de voz que expresa un espíritu de contradicción, que invade hasta la más honda interioridad del sujeto creador. Podría hablarse, entonces, de dos vertientes en las que Cuesta efectúa de manera peculiar la paradójica pazeana de la “tradición de la ruptura”: la que atañe a la conjunción crítica del hipermodernismo diabólico con los ideales estéticos clásicos y la relativa al Príncipe zoroástrico y semítico de la Negación con el daímon heléni-

co adaptado a la atmósfera ideológica e intelectual de la modernidad.

Segundo: salta a la vista que el demonismo de Cuesta no es novedoso, pero sí es original. El agudo crítico veracruzano hereda la actitud demoniaca y el talante ultramoderno que le corresponde, al menos desde Baudelaire, pero lleva sus potencialidades a extremos a los que no accedieron ni sus antecesores ni sus contemporáneos más audaces. El libro de Verónica Volkow permite advertir que en el fondo de la terrible muerte autoinfligida por Cuesta y del estado mental que la posibilitó está el extremismo de su identificación con el demonismo posromántico, incluyendo en ello lo que la autora caracteriza como una razón militante, un intelectualismo desbordado.

Es sabido que el Diablo clásico en nuestro orbe cultural, aquel personaje tan complejo que, para decir lo menos, llegó a convertirse en una suerte de negativo del Dios omnipotente judeocristiano, se ve afectado en estos tiempos por una caída tal vez peor que la que le dio origen y entidad: la caída en el descrédito y en el olvido. Este decadente telón de fondo acrece el mérito de este libro de Verónica Volkow, tan sólo por el simple hecho de haber retematizado el fondo demoniaco de la idea más radical del arte y de la literatura. Sin esa soberbia moderna, sin esa insolencia ante las Potencias de todo signo, nuestro mundo sería menos libre, nuestra humanidad menos autónoma. Verdades éstas que no han de tapar nuestros oídos ante los señalamientos, sin duda justos, de quienes observan en esas actitudes iconoclastas las raíces de muchos de los males que acompañan a los mencionados bienes.

Este libro de Verónica Volkow ha tenido la ventura de haber sido editado en España, por una casa de innegable prestigio, como es la sevillana Renacimiento. Esperemos que a ese hecho auspicioso se le sume el de una distribución apropiada en México y en los demás países del mundo de habla hispana. La importancia del asunto sobre el que versa, el valor de los contenidos que aporta su autora y el potencial controvertible que signa a éstos lo justifica con creces. **U**

Verónica Volkow, *Los gladiadores demónicos*, Renacimiento, Colección Iluminaciones, Sevilla, 2009, 134 pp.